



Lorenzo

Silva Recordarán tu
nombre



DESTINO

Recordarán
tu nombre

Lorenzo
Silva

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1400

Edición no venal
Pruebas sin corregir

© Lorenzo Silva, 2017
www.lorenzo-silva.com

© Editorial Planeta, S. A. (2017)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2017

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47..

*Para mis abuelos, Lorenzo y Manuel, que
quedaron en tierra de nadie*

*Para mis abuelas, Isabel y Patrocinio, que
allí los sostuvieron*

*Y para mi tío Francisco Silva, que me ayudó
a perfilar el recuerdo*

In memoriam

Te matan, te despedazan, te persiguen con maldiciones. ¿Qué importa todo esto para que tu pensamiento permanezca puro, prudente, sensato, justo?

MARCO AURELIO, *Meditaciones*

Con las armas se defienden las repúblicas.

MIGUEL DE CERVANTES,
Don Quijote de La Mancha.

Nota sobre el texto

Esta historia es un relato de ficción, lo que no quiere decir que me la haya inventado. De hecho, todos los acontecimientos que en ella se refieren se encuentran respaldados por un documento o el testimonio de quien los presencié, que en algún caso, contado, es el autor mismo. Allí donde deslizo una especulación, me preocupo de hacerlo notar, a fin de que nadie le otorgue la calidad de hecho atestiguado. Si opto por considerarla una ficción es porque se alimenta de visiones parciales, a menudo fragmentarias y, por tanto, siempre controvertibles. Tal sucede con el recuerdo personal de un testigo, pero también con el libro de Historia, el de memorias de alguno de los protagonistas, el documento con todos los sellos oficiales o las propias impresiones de uno. Todas estas visiones parciales, por añadidura, han sido ensambladas por un narrador que se acerca a ellas armado de toda su subjetividad y resuelto a hacer uso de ella, con el afán de entregar al lector no un texto histórico, empeño para el que carece de cualificación, sino un relato literario, un cuento simbólico, en suma: una novela.

La Historia tiene estos recovecos: instantes y lugares en los que de repente, entre dos hombres, que por lo común no son dos hombres cualesquiera, pero tampoco tienen por qué ser los más reputados ni los más insignes, se dirime y acontece todo. Absolutamente todo.

El recoveco del que nace este libro tiene lugar en Barcelona, en el edificio de la antigua Aduana, en el Pla de Palau. Estamos en julio, hacia la mitad de su decimonoveno día, en el año 1936. Reunidos en un despacho, varios hombres analizan una grave situación. Suena un teléfono. Preguntan por uno de ellos, el de más edad. Se llama José Aranguren Roldán, ostenta el grado de general de brigada de la Guardia Civil y, aunque formalmente se encuentra a las órdenes de uno de los hombres que están en la habitación, posee una autoridad, moral y de otra índole, que nadie osa discutirle. Ni siquiera quien con arreglo a la ley tiene las atribuciones para decidir: un capitán de Caballería que se apellida Escofet, a la sazón responsable de la Comisaría General de Orden

Público de la Generalitat de Cataluña. Los presentes saben que lo que el general diga tiene detrás a cinco mil guardias civiles, todos los de Cataluña, que no dudarán en cumplir sus órdenes y que son, por cohesión, instrucción y disciplina, la pieza principal que en esa jornada se halla sobre el tablero que a todos mantiene absortos.

Quien llama y pregunta por Aranguren no es otro que el cabecilla de la sublevación militar que desde primeras horas del día ha estallado en la ciudad. Se llama Manuel Goded Llopis y es general del ejército. Acaba de aterrizar en la aeronáutica naval en un hidroavión procedente de Mallorca y se encuentra en la capitanía general, donde ha arrestado y destituido al general Llano de la Encomienda, que ostenta la legítima jefatura de las tropas por designación del gobierno de la República. Hay varias razones para que Goded pregunte por Aranguren. Como los demás, sabe que sus guardias le obedecerán y son la clave de lo que ha de suceder en la jornada. Además, se conocen personalmente desde tiempo atrás. Ambos coincidieron en Marruecos, con ocasión de las operaciones de Alhucemas de 1925, en las que los dos hubieron de probar su coraje frente a un enemigo feroz e irreductible. Goded sabe la pasta de la que está hecho Aranguren. Incluso certificó, como jefe del Estado Mayor, los méritos que el guardia civil acreditó en combate. La apelación a su autoridad invoca también la antigua camaradería, templada bajo el fuego, de dos viejos compañeros de armas.

La conversación es tensa. Para Aranguren doblemente, porque ve cómo le observan los otros; cómo se preguntan, mientras escuchan, de qué lado estará realmente: si apuesta por defender la Generalitat y la legalidad de la República o si baraja la posibilidad de unirse a la sedición protagonizada por hombres que le son afines; no en balde se formaron en la misma academia y compartieron fatigas y pólvora en los duros riscos y las luminosas playas de África. Quizá porque desea disipar esa duda para él odiosa (nunca ha contemplado ni contempla otra opción que acatar la disciplina a la que se debe como guardia civil y atenerse al compromiso de lealtad a la República en el que empeñó su honor y su palabra), Aranguren, tras escuchar las recriminaciones de su compañero por unirse, le dice, al pueblo rebelde contra el ejército que se sacrifica por el bien de la patria, responde secamente:

—Aquí no hay más rebeldes que ustedes.

Y a continuación pregunta a Goded si se ha sublevado contra el régimen republicano o contra el gobierno. Su interlocutor le responde que va contra el gobierno, ante lo que Aranguren, por si acaso sirve para hacerle reconsiderar sus propósitos ilícitos, aunque pocas esperanzas puede albergar, le informa de que desde la noche anterior hay un nuevo gabinete. Goded, contrariado, le replica que eso no importa y, suavizando el tono, vuelve a invitarle a que se una a la rebelión. Ante la firme negativa del viejo general, que ha rebasado ya los sesenta años, el jefe rebelde monta en cólera y amenaza con fusilarle al día si-

guiente, cuando haya triunfado el pronunciamiento que encabeza en la ciudad. Los dos saben que es un farol, que quien amenaza carece de la fuerza que, en cambio, tiene el amenazado bajo sus órdenes. Aun así, nadie lleva nunca todas las cartas en la mano, y Aranguren, de nuevo sin alterarse, encaja el desafío y lo repele con estas palabras:

—Si mañana me fusilan, fusilarán a un general que ha hecho honor a su palabra y a sus juramentos militares. Pero si mañana le fusilan a usted, fusilarán a un general que ha faltado a su palabra y a su honor.

Es el fin de la conversación, el momento en que no hay vuelta atrás y quedan cristalizados la suerte y el destino de los dos hombres que están a ambos lados de la línea telefónica, de la ciudad en la que sus caminos vuelven a cruzarse y del país al que ambos proclaman servir. Como ésta no es una novela de intriga, podemos aclarar desde ya lo que finalmente ha de ocurrir: los van a fusilar a los dos, en esa Barcelona por cuya posesión se enfrentan; al rebelde, al cabo de tres semanas, en los fosos del castillo de Montjuïc; al leal, menos de tres años después, al otro extremo de la ciudad, en el Camp de la Bota. Los dos al lado del mar, aspirando como último aire la brisa del Mediterráneo, junto al que no nacieron. Quiere el destino que los dos compartan una circunstancia más, la de haber venido al mundo junto al Atlántico: mirándolo desde poniente Goded, originario de Puerto Rico, y desde levante Aranguren, que vio su primera luz en otro puerto, el de Ferrol. Barcelona, la ciudad

que ambos forasteros se disputan, quedará a partir de esa hora, como el resto del país, sumida en una larga noche y marcada por cicatrices que ocho décadas no lograrán borrar. Lo que decide la conversación entre los dos generales, además de su suerte como individuos, es ni más ni menos que el fracaso de la rebelión en Cataluña, lo que permitirá a la República sobrevivir al levantamiento armado, salvará a la Generalitat de su abolición fulminante y habrá de precipitar a España a una prolongada y cruenta guerra civil.

Durante los tres años siguientes, los insurrectos extenderán una y otra vez por los campos y ciudades de España la barbarie frente a la que dicen alzarse. En cuanto al gobierno legalmente constituido, lo que vale tanto para el de la República como la Generalitat, no sabrá ni podrá, tras verse despojado de la autoridad y de los medios naturales para el mantenimiento de la ley, impedir que en la zona por él administrada campen a placer asesinos de la peor índole, que con sus atropellos suministrarán a su vez munición moral al enemigo. Con ello se ahondará la zanja abierta entre los españoles, hasta el punto de arruinarles la conciencia de formar una sola comunidad y sumirlos en una división agria y persistente, quién sabe por cuanto tiempo aún. Todo esto se decide entre dos hombres de los que, para rematar la paradoja histórica, la inmensa mayoría de los catalanes y españoles de hoy no guardan ni el más mínimo recuerdo. Dos actores secundarios de la Historia, llamados, por eso mismo, a convertirse en literatura.

Ese 19 de julio de 1936, cuando nada aún sabe, pero todo lo acepta, porque ha vivido y sabe lo suficiente para prever las consecuencias, Aranguren, tras colgar el auricular, manifiesta con estoicismo:

—He cumplido con mi deber.

Y es que no tenía otra opción, como el tipo que ochenta años casi justos después escribe estas líneas no tenía otro remedio que acabar contando su historia, por múltiples y poderosas razones, que esta vez, a diferencia de otras, le disuaden además de interponer otro narrador que encarne la voz del cuento. Para rematar este prólogo, me limitaré a consignar dos de esas razones, ambas vinculadas a la sangre que circula por mis venas. La sangre no nos condena a ser ni creer nada, pero impone que ciertos asuntos no puedan dejar de concernirnos.

Siempre que miro una fotografía de Aranguren me acuerdo de mi abuelo Manuel: un hombre que también lo perdió todo, aunque en su caso pudo continuar viviendo, por cumplir con su deber. Estaba mi abuelo, con quien pude conversar un día al respecto, imbuido de ese deber como de pocas cosas en la vida, y sufrió como un trauma irreparable que atenerse a él le costara tan caro. Por un azar del destino, o no, estuvo a las órdenes del propio Aranguren, en una fecha tan señalada como el 14 de abril de 1931, en la que uno era agente del cuerpo de Seguridad y el otro jefe superior de Policía de Madrid. Ese día, tanto Aranguren como mi abuelo, y como cualquier hombre sensato, acataron, pese a las resistencias de algunos que tenían por encima (Aranguren

al director general de Seguridad, Emilio Mola; mi abuelo a un oficial demasiado nervioso) el advenimiento de la República por la que los españoles se habían inclinado de manera abrumadora.

Y aunque no oculto que mis ideas y simpatías, en la conversación telefónica contada más arriba, están con el hombre que se ciñe a su juramento y a la legalidad que es su misión defender, antes que con el que opta por volver las armas que le encomendaron, y aun otras de las que se apodera, contra el gobierno elegido por sus conciudadanos, no ignoro que este último se dispone a sacrificarse por lo que a su vez cree o quiere creer debido, ni tampoco olvido que, al saberse derrotado, aceptará detener la lucha para evitar más muertes. Sería más cómodo despacharlo como un salvapatrias alucinado, un esbirro de los poderes oscuros que impulsaron la sublevación militar contra un régimen constitucional, democrático y regeneracionista. Se me opone, sin embargo, un pequeño inconveniente, que aboca a mi relato a defraudar las expectativas de quienes esperen ajustes de cuentas y argumentos para la adhesión o la execración incondicionales. Y no es que pretenda ser aséptico, concepto no ya voluntarista, sino incluso estafalario para cualquier español que pretenda emprender una narración referida, en todo o en parte, al suceso medular de la historia reciente del país, conformador de su presente y condicionante aún de su futuro. Lo que trato de decir es que mis ideas y simpatías, que son inequívocas y explícitas, cuentan con un nada desdeñable contrapeso.

Aquí es donde entra en juego mi otro abuelo, Lorenzo, a quien un día de 1923, en Larache, cuando estaba a punto de completar su servicio militar, un teniente coronel le persuadió de reengancharse y no emigrar a Argentina, como era su intención, una vez cumplido el periodo de permanencia en filas. Gracias a ello, mi abuelo acabó yendo destinado al cuartel-convento de la Trinidad, en Málaga, en el barrio del mismo nombre, donde vivía mi abuela, con la que se casó y andando los años tuvo a mi padre. Aquel teniente coronel, de quien mi abuelo guardaba buen recuerdo, se llamaba Manuel Goded Llopis: el traidor al que plantó cara, en su hora crucial, el protagonista de mi historia, pero también el hombre al que le debo existir y poder estar ahora mismo escribiéndola, en un coche que, mientras remato la frase, y para que todo sea más extraño y caprichoso, avanza a toda velocidad por una autopista polaca, camino de Breslavia; igual de lejos de los dioses que la convulsa Barcelona donde los dos generales que dan pie a este relato sellaron su destino, porque, como ya estipuló hace dos milenios un sabio griego, los dioses están igual de lejos de todas partes.

Afirma Emmanuel Carrère, a propósito de las múltiples referencias contenidas en su novela *El Reino* a su propia experiencia como creyente primero y como agnóstico después, que es bueno que el lector sepa *desde dónde* cuenta un novelista su historia. En su caso, al abordar los orígenes del cristianismo, a través de las figuras de San Pablo y San Lucas, creyó pertinente dar cuenta precisa de sus propias y sucesivas creencias e increencias, en un ejercicio de honestidad que permite al lector ponderar con mejor criterio su relato. El asunto de la novela que ahora tengo entre manos no es uno cualquiera: me remite al episodio histórico que mantiene aún dividido al país en el que vivo desde hace medio siglo. Un acontecimiento sobre el que se han despachado toneladas de literatura propagandística y sectaria y, en comparación, muy pocas páginas de literatura ecuánime, que no es la que algunos, desde su trinchera, confunden interesadamente con la equidistante o descomprometida, sino la que asume como compromiso primero la búsqueda de la verdad de los hechos, has-

ta donde puede discernir una mente humana siempre sometida a las limitaciones del conocimiento incompleto y los prejuicios de los que nadie puede pretenderse libre. Se trata de una historia que requiere, a mi juicio, un semejante ejercicio de honestidad. Aclarar, en definitiva, desde dónde la escribo.

Uno escribe desde su vivencia y desde sus ideas, en primer lugar, pero estas le deben no poco a su ascendencia, que es la que le adjudica un lugar inicial en el mundo, desde el que cada cual evoluciona a su manera. Si quienes le precedieron representan para uno, por cualquier motivo, un ejemplo objetable o embarazoso, es muy posible que sus ideas y su mismo itinerario vital se forjen por reacción y en sentido contrario a la herencia recibida. Si ese ejemplo resulta en cambio consistente y estimulante, le será difícil desarrollar una visión totalmente contrapuesta, y su recorrido por la existencia, incluso si parece ir por una ruta divergente, estará anudado y guardará hondas sintonías con el camino que desarrollaron aquellos inspiradores ancestros.

Viene todo esto a cuento porque me toca declarar que de mis dos abuelos, Lorenzo y Manuel, cuyos dos nombres además llevo, me llegó un ejemplo de integridad, dignidad y sentido del deber y la justicia, que desde que tuve uso de razón hasta este momento de mi madurez no he dejado un solo día de considerar esencialmente válido. A uno, Manuel, el materno, lo conocí más que al otro, y de él recibí de manera más directa e inmediata ese legado. Sin embargo, la costumbre y el gusto de la narración oral,

muy extendidos en mi familia paterna, me hicieron no menos presente, por vía indirecta, la lección de vida de mi abuelo Lorenzo, un hombre de existencia dura y atormentada, al que sin embargo acompañó siempre una conciencia profunda de lo que era debido y un desdén sincero y radical por la mera conveniencia.

Reconozco, y no me duelen prendas al hacerlo, que en mi visión y mi percepción de aquellos oscuros años y aquel lúgubre episodio que fue la fractura de mi país en una guerra fratricida pesan mucho las impresiones y la perspectiva que de ella tuvieron mis dos abuelos. Es bueno preguntarse, antes de juzgar a otros, qué habría hecho uno en su lugar, de verse sometido a idénticas circunstancias. Y si he de ponerme en ese brete y buscar una referencia para tratar de dilucidar dónde me habría situado yo, siento que la sangre que me une a ellos es a la vez (no tendría por qué serlo, pero lo es) la pauta que me ilumina para escoger mi lugar en aquel aparatoso aquelarre. Ninguno de los dos fue adalid de causa alguna, ni abanderado ferviente de ninguna de las dos visiones desaforadas del mundo que chocaron sobre el campo de batalla de aquella España maltratada, ignorante e injusta. Ninguno de los dos aceptó, y ocasiones tuvieron ambos, ser verdugo de quienes en sus respectivas circunstancias eran víctimas propicias, ni recaudó la recompensa inmediata que aguardaba a quien las entregaba. Ninguno de los dos, vistiendo ambos uniforme, secundó la rebelión de unos uniformados, ni acogió con júbilo su triste victoria. A su

manera, los dos quedaron en tierra de nadie, privados de las ventajas que en uno u otro momento tuvieron quienes abrazaron el partido que prevalecía. Y ambos pagaron por tratar de mantener sus principios, en una época llena de impostores, oportunistas y criminales sin escrúpulos.

Son alrededor de las seis de una soleada tarde de primavera en Madrid. Falta poco para que llegue un verano, el de 2016, que será especialmente cálido, casi abrasador, en la capital del reino, y el calor ya se hace sentir en sus calles. La escena sucede en una umbría y vetusta estancia, la biblioteca del Casino de Madrid, en la calle de Alcalá. José Cobreros Aranguren, un hombre de setenta y tres años, porte erguido y cabello peinado hacia atrás como su antepasado José Aranguren Roldán, al que se parece levemente, aunque le aventaja en estatura, se detiene ante un busto de mármol. Representa a José Sanjurjo Sacanell, quien además de general en jefe en Marruecos, último director general de la Guardia Civil con la Monarquía y primero con la República, y por dos veces, en 1932 y 1936, golpista contra esta, fue designado presidente perpetuo de la casa que ochenta años después (cuarenta de régimen autoritario y otros cuarenta de Monarquía) aún lo recuerda.

—Míralo, ¿te suena? —me pregunta.

Asiento. Desde luego que me suena, he visto mu-

chas fotos de él, tomadas en Marruecos y en fechas posteriores, aunque quizá las más llamativas son las del juicio que se le hizo por golpista en 1932, en el que demostró su peculiar sentido del humor cuando, a la pregunta del presidente de la sala que lo iba a sentenciar acerca de los apoyos con los que contaba para la sublevación, le respondió sin inmutarse:

—Con usted el primero, si hubiera triunfado.

El busto es excelente, no en vano lo firma Benlliure, uno de los más reputados escultores españoles. Según parece, se lo encargó la junta directiva de la institución después de la guerra civil, para congraciarse con las nuevas autoridades, tras la utilización del edificio durante la contienda como hospital de sangre por Izquierda Republicana. No fue el único busto que le pidieron al artista: el encargo, por un importe de 40.000 pesetas, toda una fortuna, fue de dos piezas. Descubro de quién es el otro busto cuando José me lo señala y me dice, sonriendo:

—Y mira quién está ahí.

Miro y, cómo no, lo reconozco al instante. No es otro que Francisco Franco Bahamonde, en su mediana edad, poco después de alcanzar la jefatura del Estado. Es también notable, aunque quizá no tanto como el otro, o quizá sea que es una efigie mucho más vista, o que me resulta más antipática, la subjetividad juega a veces estas pasadas. El caso es que lo que acaba de señalarme José, con esa retranca gallega que he advertido en él desde el mismo momento en que nos hemos saludado, a la entrada del edificio, tres horas atrás, es el busto del hombre que fríamen-

te ratificó y ordenó que se ejecutara sin dilación a su abuelo. Un ferrolano como él, con el que para más inri había tenido trato cotidiano allá por 1932, año en el que uno era gobernador militar de La Coruña y el otro mandaba el Tercio de la Guardia Civil con sede en esa ciudad. Llegó la confianza hasta el extremo de que prácticamente todas las semanas iba Aranguren a visitar a Franco a su casa, junto a su esposa, o bien acudía este a la suya junto a su mujer e hija.

Estamos allí porque José, que es socio del Casino, me ha citado en él para almorzar, entregarme documentos y fotografías de su abuelo y empezar a contarme las historias y los recuerdos que de José Aranguren, a quien no conoció, y de su familia, han llegado hasta él. Hemos tomado en el comedor para socios un menú económico y sustancioso, cuya cuenta ha insistido en pagar y no me ha dado opción a compartir. En el almuerzo me ha contado por encima su vida como ingeniero de Caminos, hasta hace pocos años en la plantilla de la empresa pública de infraestructuras ferroviarias, Adif, para la que supervisó las obras del túnel del AVE bajo la sierra de Guadarrama, y yo le he dado cuenta somera de la mía. Luego hemos bajado a la cafetería anexa a la biblioteca para tomar un café, momento en el que ya hemos entrado en materia. Tras una larga conversación, acabamos de pasar de su lápiz de memoria al mío los archivos gráficos y de texto que me ha traído. Antes de dar por concluida esta primera sesión de confidencias, ha querido mostrarme ese homenaje al dictador que acoge la biblioteca de la institu-

ción; según los periódicos, con la oposición de no pocos de los socios actuales y gracias a la determinación de la junta directiva, que aduce su valor artístico y alega que el Casino es un club privado al que no afectan las leyes sobre memoria histórica. El hecho es que, a estas alturas del siglo XXI, sorprende ver un busto de Franco, de quien apenas quedan estatuas a la vista, excepción hecha de aquella que le recuerda como comandante del Tercio ante la ciudadela de Melilla la Vieja y alguna otra que algún recalitrante mantiene por ahí.

Sin embargo, en la mirada que le dedica este hombre, que se tropieza con el busto y me permito imaginar que se queda observándolo cada vez que va a ese club (del que es socio, me explica, porque paga una cuota módica y le vienen bien sus servicios cuando está en Madrid) hay algo que va más allá de la sorpresa o el rechazo que la imagen del antiguo Caudillo y Generalísimo de todos los ejércitos pueda hoy suscitar en muchos ciudadanos, y por descontado nada tiene que ver con la nostalgia que de su figura aún cultivan otros. En la sonrisa resignada con que me lo muestra está el sedimento de siete décadas de añoranza de ese abuelo al que nunca conoció, y de casi cuatro de arrastrar por el país del que Franco fue amo y señor el baldón y el estigma de llevar la sangre, el nombre y el apellido de quien osó plantar cara a la sedición que llevó a aquel general ambicioso y calculador a la más alta magistratura del Estado. Ha padecido primero José, el nieto, el desdén y el repudio de un régimen sin piedad hacia el adversario,

y que mostró especial inquina con aquellos que ponían en evidencia que la rebelión no era un imperativo categórico para los uniformados, sino una opción que unos tomaron y otros declinaron, porque era otra cosa lo que les exigían sus juramentos militares y su honor. Y luego, cuando el régimen se extinguió con su cabeza visible, le ha tocado convivir con el olvido, la ignorancia y aun la indiferencia hacia la memoria de esos militares que, como su abuelo, lo empeñaron y perdieron todo por una república que, a la postre, sucumbió sin dejar herederos que la recordasen más que como un instrumento de su particular ideología, y por un país que desde siempre se complace en afligir y maltratar a aquellos de sus hijos que más generosa y limpiamente se sacrifican por él, mientras premia con largueza a quienes especulan a su costa.

Todo esto lo leo en su mirada en la que hay un deje de ironía y amargura, o quizá me lo invento por contagio de la percepción que a partir de los avatares de mi gente marca e impregna mi propia mirada. Lo que creo poder asegurar es que en la manera en que contempla la efigie impasible del hombre que mandó asesinar a su abuelo, tras un simulacro de juicio encaminado a convertir la lealtad en su contrario, no hay encono ni rencor. La pérdida impuesta ya con el nacimiento, los años vividos en la conciencia de que aquel caudillo inclemente se había permitido no sólo fusilar al hombre justo y cabal cuyo nombre lleva, sino a muchos otros, e imponer día a día a millones, incluido él mismo, su estrecha visión del mundo, lo

han arrojado a una especie de perplejidad asumida, con la que constata (y acepta, sin dramatismo) la continuidad en esta biblioteca y aun más allá, en la mente de no pocos de sus compatriotas, de la herencia envenenada del autócrata.

Unos minutos más tarde me despido de él, de nuevo a la puerta del Casino. Y mientras echo a andar bajo un calor excesivo para la fecha, y siento que me sobran la americana y la corbata que el club privado impone como requisito para acceder a sus salones, pienso que este hombre, como yo mismo y como tantos otros, ha llegado a desarrollar la convicción de que la Historia defrauda una y otra vez las mejores expectativas y frustra los nobles propósitos, favoreciendo en cambio las peores intenciones y que se cumplan los más oscuros augurios. Una convicción con la que toca aprender a convivir con la mayor serenidad posible, lo que no quiere decir conformarse o darse por vencido. Lo que la Historia nos hurta y deniega, lo conquista y nos lo otorga la literatura. De nuestra conversación, y de las fotos y papeles que llevo en mi lápiz de memoria, puede ya empezar a brotar el cuento. Es hora de emprender la reivindicación: el desquite del arte sobre la vida.